

# urgencia actual del laicado latinoamericano

**L**ATINOAMERICA es un continente católico. Esta afirmación tan repetida involucra una realidad diversa y cambiante. América latina es un continente que se injerta en el tronco de la civilización occidental a través de una conquista hecha predicción por España, va a marcar su catolicismo con las netas características de una estructura cultural y religiosa que se le impone con la vigencia de las instituciones recibidas y preformadas. Su expresión católica se señalará por estas características y la religiosidad será fruto de una evangelización en donde el cristianismo se expresaba ambientalmente. Este catolicismo español —las comunicaciones con Roma no se hacían sino por la Nunciatura de Madrid, con lo que se quitaba una dimensión de universalidad a la expresión de fe católica— consubstanciado con la estructura va a quedar deshecho cuando los imperativos revolucionarios abran una separación factual con Madrid y por lógica consecuencia con Roma.

La actitud de los católicos en Latinoamérica quedará marcada por esta nota de fuerte clericalismo. Al menos durante mucho tiempo pareció así.

El triunfo electoral de la democracia cristiana en Chile plantea una serie de interrogantes sobre los valores del laicado católico de ese país. Y en cierta medida de todas las naciones de nuestro continente. Nadie puede creer sinceramente que han sido sólo los votos católicos los que han dado ese caudal electoral al candidato democristiano del país hermano. Ciertamente esa presencia ha sido la que ha contribuido a la victoria, sobre todo por la programación abierta a la consideración de todos los problemas actuales del mundo contemporáneo por un fuerte sentido de responsabilidad en la hora crucial del país cordillerano. ¿Esta victoria tan magníficamente alcanzada, se hu-

biera podido obtener en otros países latinoamericanos? Creemos que no. Esto es debido a que el laicado católico de este continente que vio su nacimiento al mundo occidental con el fuerte sello de un bautismo auténtico y fecundo no dio los frutos de madurez uniforme a lo largo de su extenso territorio.

\* \* \*

*El catolicismo latinoamericano que se formó en un ambiente estructural durante toda la época colonial por la presión del ambiente condicionaba sus expresiones de fe a esta misma estructura ambiental. Muchos testimonios podríamos sacar a relucir como pruebas, tanto en el orden de las manifestaciones individuales como sociales. Baste sin embargo recurrir a nuestra actual literatura. Esta recoge el testimonio crítico de la vigencia actual de un catolicismo heredado que nos deja advertir la orfandad espiritual que traiciona las respuestas personales de tantos católicos de nuestro medio.*

*Todo esto se remonta a su origen peninsular. La fuerte unión con España, la dependencia exclusiva de Madrid, acentuada aun para las órdenes religiosas durante la dominación borbónica y en especial después de la supresión de la compañía de Jesús, favoreció en gran manera esta orientación.*

*Esta situación de relación de Iglesia y Estado, características de la dominación borbónica, es la que prepara la psicología de los hombres de la independencia y de la organización de los diversos estados, quienes se sentirán decididos a trasladar como experiencia única la vivida dentro de ese planteo ya contaminado con tantas posturas falsas de regalismo y josefinismo.*

*Cortadas las comunicaciones con Madrid por las luchas emancipadoras, no hubo sino después de repetido y difíciles conatos una posibilidad de entroncar el catolicismo sudamericano con la S. Sede. El ambiente cristiano, sin embargo, se resintió de esa evidente falta de capacidad para programar por sí solo la vida cristiana. Tuvo tropiezos y falsos caminos, y pocas veces acertó con la respuesta apropiada a las circunstancias. Años que marcaron el ambiente cristiano y clerical aun, pero que como consecuencia de una propaganda polí-*

*tica ambiental se iba desclericalizando y adoptando posturas anticatólicas con el pretexto de renovación y adaptación a las exigencias de la hora. Este anticlericalismo ambiental no repercutía en las esferas familiares y sí en las gubernamentales. Si recordamos someramente los comienzos de las naciones del cono sud de nuestra América, vemos con frecuencia los nombres de preclaros sacerdotes que llevan adelante los planes de reforma, aun religiosa y estructural. No tendían intencionalmente a estas metas pero sometidos a los influjos de las corrientes de la época —el comienzo del siglo XIX— con sus movimientos democráticos y liberales, que se levantaban enfrente de las exigencias de restauración de una sociedad sobrepasada pero en la que la unión del Trono y del Altar, antigua imagen de una sociedad tenida por auténticamente cristiana, parecía ser una exigencia necesaria del orden antiguo que se buscaba reponer y reconstruir.*

\* \* \*

Las primeras manifestaciones de los católicos como miembros activos de la conducción política, enfrentando las corrientes que pretendían edificar un mundo de progreso de espaldas a la vida cristiana, aparecen como epifenómenos culturales del fin del siglo. Las mismas luchas por la educación que conmovieron la situación religiosa de Francia, Alemania y España van a renovar, a veces, hasta con monótonos acentos de repetición servil, las posiciones europeas. Los conflictos de Iglesia y Estado que dificultan la vida de los Papas de Roma, y complican la situación de la Iglesia en Francia van a encontrar su eco en países americanos de tan profunda vigencia católica como Colombia o Perú.

Los católicos se lanzan a la lucha, y sus primeros intentos no son de una neta asunción de la propia responsabilidad. Acostumbrados a una vida cristiana clerical, en la que la orientación del sacerdote era el centro de cualquier responsabilidad personal, su actitud es todavía muy clerical y sólo las exigencias de la lucha llevarán, sobre todo en los países en donde la estructura católico-ambiental sufrió mayores resquebrajamientos, y la lucha social se agudizó, a una actitud



Entre nosotros el tomar una activa participación de los laicos en los problemas sociales ya había tenido sus primeros intentos como consecuencia del despertar de la lucha educacional. El arzobispo Aneiros será el que alentará a los hombres del 80 a intentar diversos movimientos como la organización de los Círculos católicos de obreros y la posible programación de un partido católico. La iniciativa de la Unión Católica no prosperó en su aspecto político, a pesar del verbo fogoso de Estrada, que señalaba en esa ocasión haber llegado el momento de vender la túnica y comprar la espada. Es el momento en que la Unión Cívica verá entre sus filas a los católicos y contará la revolución del 90 participantes activos de las filas católicas.

En el comienzo del siglo la Unión Popular Democrata Cristiana de Argentina va a recibir, como consecuencia de una orden de la jerarquía —reflejo de la dada años antes por Pío X a La Sillon y a la obra de los Congresos, manejada por Rómulo Murri—, y con aceptación inmediata de sus participantes, una sentencia de muerte. Pero nuevos brotes de democracia cristiana aparecerán en el país alrededor del año 30 y tendrán vigor en los movimientos políticos posteriores a la dictadura peronista. El clericalismo de la vida cristiana ha dejado su raíz ambiental. Los nuevos movimientos se presenta —cada vez con mayor acento— fuera de la zona de influjo clerical, como un esfuerzo de reacción a una protección que no siempre ha acertado con la conducción concreta. Su vigencia será anticlerical, al menos en su postura de prescindencia de la ingerencia activa del clero en sus filas y su posición doctrinal cristiana será el fruto de la madurez de su vida de laico católico responsable. Este peculiar aspecto de su presentación será el que mantendrá su fuerza aun ante la desaparición y fracaso de las fuerzas nacionalistas en las últimas elecciones, y canalizará diversas tendencias que satisfacerán a los participantes de esta agrupación. Además, la experiencia Perón que había embarcado entre sus filas a un conjunto de católicos de tendencia nacionalista marcando su actuación política con un signo no reconocidamente democrático, plantea frente al que se está reaccionando en la actualidad Argentina.

\* \* \*

Esta programación de una posición demo-cristiana en el continente —hay fuertes grupos democristianos en Venezuela, Ecuador y Perú—, son un llamado de atención para la política continental de los EE.UU. A lo largo de nuestras comunes historias han demostrado en frecuentes oportunidades su desubicación con respecto a los problemas latinoamericanos. Uno de los factores en donde han demostrado esta incomprensión ha sido el de las relaciones de la Iglesia y del Estado en latinoamérica. En primer lugar por su enfoque de visualización latinoamericana es el mar Caribe, y allí la situación social y política, tanto como la actividad de la Iglesia presenta particularidades que no pueden ser extendidas a las otras regiones de nuestro continente.

Esa unión de Iglesia y Estado tan incomprensible para una mentalidad yanqui, en donde la Iglesia mantiene una situación tan diversa de la nuestra, ha contribuido a oscurecer el panorama. Por eso Colombia es uno de esos países en donde la clericalización de la vida social dificulta la programación y defensa de su sentido de democracia. Por otra parte su apoyo a los partidos socialistas se explica por esto. Dentro de todas sus afirmaciones doctrinales mantienen una política económica muy capitalista y una actividad política lo suficientemente laica como para no presentarle problemas de clericalismo en sus intervenciones sudamericanas.

En este sentido el nuevo tipo de gobierno que encabeza un hombre cristiano de fina y clara sensibilidad social y de programa económicamente revolucionaria le significa a EE.UU. una advertencia hacia donde debe tender su política si pretende ejercitar una hegemonía apta a la realidad socio-política de nuestros territorios.

La victoria de la democracia cristiana en Chile es una prueba evidente de la fuerza de acción que tiene un laicado católico perfectamente conciente de la vigencia social de sus ideas cristianas y de la necesidad de jugarse totalmente en la lucha por la construcción de una estructura social y política más humana y por lo tanto más cristiana.

*La Dirección*